



LUIS LEÓN HERRERA

(1925 - 2010)



Don Lucho fue también escritor, pero siempre tuvo la elegancia de no mencionarse a sí mismo durante las clases. Más tarde topé con algunos de sus libros y su lectura me deparó la sorpresa de un escritor fino, bien asentado en la lengua, con una retórica pulida y directa, transida de humor e ironía y más inclinada al asombro eidético que a la exposición del drama existencial de la humanidad. O mejor dicho, don Luis parecía creer, con Borges, con Becket, que una parte esencial del drama humano es su capacidad de pensar y de ser libre en la imaginación y la voluntad, lo que lo hace proclive al enredo lógico, a la paradoja y hasta a la duplicidad. No conozco toda su obra, por lo que no puedo afirmar que en ella no haya madres que sufren la muerte de sus hijos, o hijos que acaban acostándose sin saberlo con sus madres y que se arrancan los ojos como castigo, pero lo que he leído me indican a un escritor que rehuye el pathos de las emociones y prefiere el pathos del asombro y los abismos del lenguaje.

Quizá su actitud literaria estuvo en consonancia con aquel dictum wittgensteiniano que estima el silencio más adecuado que las palabras para aquello que, a fin de cuentas, elude su conceptualización. Pero me inclino más a pensar que su ejercicio literario quiere hacer patentes ciertos aspectos de nuestra condición que pertenecen a aquel limbo donde el lenguaje se diluye en sus límites y el pensamiento se muerde la cola, todo ello haciendo buena la vieja tesis de Johan Huizinga según la cual el hombre es, ante todo, *homo ludens*, esto es, un ser que juega, acatando ciertas reglas y rompiéndolas de cuando en cuando sólo para crear otras, en un ciclo constante de estructuración, destrucción y renovación. Ciertamente el epíteto de lú-

dico puede aplicarse a sus escritos, y también a su estilo docente.

Alguna vez escribió J.M. Keynes, el economista, que los hombres prácticos, que se consideran libres de toda influencia intelectual, son usualmente esclavos de algún economista difunto. ¿De dónde procede esta nueva moda intelectual de los hombres prácticos de hoy en día que pretende hacer de las universidades sobre todo —o exclusivamente— instituciones al servicio de la industria, la burocracia o los estamentos profesionales de una sociedad? Esta no fue la idea original que impulsó su creación y es probable que no lo sea del todo jamás. Las razones históricas de este cambio de actitud son varias, pero es fácil percibir la influencia de un modo de pensamiento utilitarista que, aliado con el enorme desarrollo de la ciencia y la tecnología, ha derivado en la prevalencia de una practicidad mensurable en casi todos los ámbitos de la vida pública. Quizá no haya sólo un economista difunto detrás de este fenómeno social, sino muchos, y es probable que el espíritu de la época se haya gestado tiempo atrás, antes incluso que la invención del término utilitarista o la invención de la economía científica.

De una manera u otra, empero, estamos en manos de los economistas y los banqueros, y de las élites científicas y de expertos que asesoran a nuestros gobernantes y gentes con poder de decisión. Esto es comprensible, por supuesto, pues la sociedad moderna no sería posible sin aquella extraordinaria empresa humana que es la ciencia moderna —y su correlato tecnológico—, y sin una racionalidad práctica que haya puesto el conocimiento empírico al servicio del común de los mortales. Pero aunque parezca obvio el repetirlo, siempre ha sido necesario recordarnos

a los mortales que hay mucho más bajo el sol que lo que damos por descontado, y que el espíritu sopla donde quiera. Es por ello que siempre agradeceré a profesores como don Luis León Herrera el habérmelo recordado y a la UPCH por haber hecho esto posible. Siempre estará allí delante nuestro, con su atildado ropaje, su voz en estacato, la tiza volando en la pizarra, sumergido en un mundo de palabras, siendo para nosotros lo que serían los contadores de

historias desde el inicio de los tiempos, una especie de quijotesco chamán llevándonos a otros reinos donde rigen otras leyes y otros juegos, prerrogativa del espíritu y responsabilidad de quienes, como él, supieron usar la institución universitaria para continuar aquel eterno discurso intergeneracional que es condición necesaria para una sociedad hecha de seres humanos, y no sólo de profesionales. *Requiescat in pace.*

FRANS VAN DEN BROEK

ACTA HEREDIANA, Segunda Época, Vol. 48, Octubre 2010-
Marzo 2011, pp. 81-83.